

EN LA FURIA DEL CIELO

Ernesto Sánchez Aliaga

I

—¿Los tienes en la mira?

—Aún no...

—Espera, recuerda que tenemos que recibir órdenes hasta que se anuncie el fuego.

—Uno, dos... ¡Carajo! A punto de cañonearlos y mira lo que me recuerdas.

—Aquí, base. Aquí, base, Cuerpos de ataque. Necesitamos los reportes del área en estos momentos. Cambio...

—Roger, primero fíjate bien qué ves en el terreno.

—Veo a cinco personas caminando por la zona 13.

—¿Eso es todo?

—Al parecer veo cinco, pero percibo más gente en el lugar. Espere... ¡Sí! Veo a tres personas más atrás.

—¿Qué están haciendo?

—Parecen charlar mientras caminan, teniente. Estoy siguiendo a cada uno.

—¿Ves algún arma?

—Creo que sí. Uno de ellos carga un arma larga, se parece a una AK-47. Si me da permiso, puedo sacarles la mierda.

—Base, aquí Balacero. Listos para cualquier ataque. Cambio...

—Balacero, aquí Base. Manténganse al tanto de cada acto en la zona. No daremos órdenes hasta que se reporte Coyote en el área. Cambio...

—Justo donde los quiero, teniente. Déjeme dispararles ahora mismo. Los voy a hacer brincar como putas.

—Roger, no jodas, tenemos que esperar...

—¿Esperar? ¿A que se quiten, teniente? ¡No! Hay que asustarlos aunque sea...

—Aguarda, tiene que llegar Coyote para reventar a todos.

—Teniente, ahora que veo bien, no era solo uno de esos pendejos los que llevaba un arma, al parecer veo que son tres más, no sé de dónde las habrán sacado, hace un momento no lo noté. Veo cuatro AK-47 para ser exacto.

—Bien, Roger, anda calentando más bien, pediré permiso para que los suenes si no llega a tiempo Coyote.

—Qué joda, teniente. Estas ocasiones son especiales. Justo cuando tienes a tu objetivo en la mira, a punto de ser alcanzado y te lo impiden. Me siento como un chibolo pajero sin plata para tirar, contentándose con una paja mientras ve porno o como algún viejo impotente al que ya no se le para.

—Base, aquí Balacero, pedimos permiso para abrir fuego. Cambio...

—Balacero, espere que se integre Coyote. No tenemos más personal que ustedes en esa posición. Cambio...

—Teniente, ¿nos dieron permiso?

—Carajo, Roger. Eres más jodido que puta en celo. Están esperando que Coyote se reporte en el área.

—¡Mierda!

—Aquí Coyote. Cambio...

—Ya era hora de que viniera. Ahora espera que nos den la orden y te consagras.

—¡La PUTA MADRE! Ya se me paró el pene de tanto aguantar, la adrenalina corre, teniente, no puede dejar que me enfríe así.

—Tranquilo, Roger. Pero, icarajo! ¿En este tiempo acá no te has tirado a ni una puta iraquí? Ya son dos años que llevas aquí ¿verdad? Claro, pues, cómo carajo no vas a estar arrecho.

—La mano nos ayuda, teniente. ¿No me diga que usted está aguardando el culito de su mujer cual hostia? De seguro que se va a tirar a las iraquíes de la mezquita por las noches.

—Fielmente casado, hijo. Jode, pero uno aguanta si se lo pone en mente.

—La mano aguanta, dirá. A menos que se tire a un camello.

—Quien se va a tirar a un camello eres tú, si no te calmas y esperas *órdenes tranquilas*.

—Ja, ja, ja. Bueno, teniente, siempre me he preguntado cómo será una vagina iraquí. ¿Será peluda y con un velo encima como lo tienen en su cara estas cojudas? Ah, y por eso también me pregunto ¿por qué les tapan la cara? ¿Acaso por lo feas que son? ¿Tal vez sea que les guardan la boca para el sexo oral? Oh sí, guardar el divino tesorito y que no se muestre al público isí, señor!

—Balacero, aquí Base. Coyote ha llegado al área. Ustedes alisten su posición de inmediato. Cambio...

—Roger, la buena nueva ha llegado a tu vida.

—¿Qué cosa?

—Ya puedes disparar, so pajero.

—Por fin... a ver... ¡Carajo! No puedo por ahora, teniente. Todos estos huevones se han parado detrás de un edificio. Me obstruyen el ángulo.

—Base, aquí Balacero. No tenemos ángulo. Cambio...

—Coyote, aquí Base ¿tienen ángulo? Cambio...

—Teniente, uno de estos mierdas tiene un lanzacohetes RPG.

—Base, tenemos a uno de ellos con un RPG. Cambio...

—Espere a las órdenes, Balacero. Cambio...

—Aquí Coyote, vemos que los tipos están atrincherándose en un edificio. Cambio...

—Roger, ¿ya puedes verlos bien?

—Espere, teniente, sólo veo al huevo-nazo con el RPG en la mano. Me falta enfocar bien el ángulo de los demás para perforarles el culo.

—Así que violentos nos resultaron estos iraquíes, con un RPG y una AK-47. Ja, ja. Con esa clase de armas, solo queda metérselas por el culo.

—Balacero, aquí Base. Nos informa Coyote que su posición es exacta para el blanco. Dispárenles a la voz de fuego. Cambio...

—Balacero, aquí Coyote. Veo a su elemento cerca de su posición, está alrededor de una casa a dos metros del edificio.

—Entendido. Listo para abrir fuego. Cambio...

—Teniente, ya los veo, los tengo en la mira...

—Aquí Balacero, los tenemos abiertos.

—Aquí Base, esperamos la posición de Coyote. Cambio...

—Aquí Balacero, diga fuego y comencemos. Cambio...

—Base a los elementos. Déjenos saber si el blanco está listo al fuego. Cambio...

—Aquí Coyote. Listo...

—Roger ¿listo?

—Desde que nací, teniente...

—Aquí Balacero, ¡listo!

—Base a elementos... ¡Fuego!

—¡Fuego!

II

En los doce kilómetros que había recorrido, Youssef al-Murabi seguía azorado por todo lo que le rodeaba. El sol estaba ahí, en el cielo como siempre, posado arriba de sus vejadas cejas. Cada vez que andaba por las calles de Bagdad veía sus propios pasos, el agreste terreno, el polvo subir hacia sus intersticios nasales, el lugar desgajado por la guerra y el calor infernal del día. Sus axilas mojadas sobre su camisa incomodaban su andar, dejaban en él un semblante asfixiante y preocupado; no por esa situación, sino por lo que le albergaba su mente: aquellos niños en casa que lo esperaban siempre, con las ganas de jugar, sonriendo sudados. Esa no era la única presencia. Su mujer, parada detrás de ellos, observaba delicadamente cómo vivía la familia. Esas evocaciones afligían su andar, su rostro denunciaba el ritmo del cansancio.

—Tenemos que sacar más municiones, tenemos que ir de inmediato, sé que estás cansado, pero por Alá, ¡fuerza!

Youssef no veía quién hablaba, de seguro una de esas imágenes que se presentaban frente a él, o a su derecha, o a la izquierda, aun así el sol las hacía borrosas. Eran tal vez los espejismos del desierto o una voz verdadera que le pedía su ayuda.

—Haré lo posible para seguir, no se preocupen por mí, solo estoy cansado.

Seguía, sin sus cuadernos o su mochila, sin sus anteojos o su lápiz, sin toda esa marea de cosas que la Reuters le había dado. Solo algo yacía entre sus ropas: su cámara fotográfica.

—Escucha. Tenemos que apresurarnos para llegar a Taniya, allá nos espera una camioneta, en ella tenemos todas las municiones. Nos esperan algunas de nuestras mujeres y nuestros hijos.

—Entiendo, ¿no tienes agua, por si acaso? Este calor es insoportable.

—Nos falta poco, no te preocupes. El calor es insoportable, lo sé, pero puedes aguardar unos minutos más, todo estará bien. En la camioneta encontraremos todas las provisiones necesarias.

Youssef ya no quería pensar en lo que le decían. Solo quería terminar esta travesía para su reportaje. Era la única manera de hacerlo.

En el camino insidioso, Youssef seguía con sus temores. Veía los edificios maltratados por el azote americano ¡Cuántas familias, niños, mujeres y ancianos! ¡Nadie se escapaba de la ira occidental! Así eran todos los días, meses, años. Sabía que se estaba arriesgando demasiado. ¿Gajes del oficio? Tal vez. Recordaba cómo se inició en este trabajo. El reportaje de guerra era la vocación que le sedujo desde muy niño, ¿o tal vez de adolescente? Recordaba cómo se escondía debajo de las cortinas o tras los muros de los bares clandestinos, apreciando emocionado una transacción ilegal de armas entre los líderes de las facciones insurgentes. O su escabullida por las plazas de Bagdad después de fotografiar a un soldado abusando de una niña, corría desesperadamente para que no lo atraparan. Cómo fue contratado por Reuters después de robarle un reporte secreto a un militar inglés, cómo se había zambullido en esta maldita misión, como un infiltrado.

¿Taniya? Ese era el lugar adonde ir. Un pequeño poblado en los suburbios de Bagdad. Sus socios le habían comentado el plan. Esperar con todos los demás a que llegue la camioneta con las provisiones y las familias... después, ir lo más lejos posible. Todo era para el bien de su ciudad y de su familia. Alimento, agua, víveres, medicamentos, habían sido

robados de un regimiento americano que, obviamente, no tenía intención alguna en dárselo a los pobladores iraquíes más necesitados; era necesario, todo era necesario para sobrevivir. La vida no podía continuar de la manera que los invasores querían, se debía hacer algo. No podían pensar en transar con esos mentirosos, siempre aprovechadores. No había seguridad en sus palabras, por ello se ocultaban. Optaron por esconderse, porque para los ángeles de Occidente —divinidades apócrifas con voz salvadora—, los actos encubiertos, sospechosos y cualquier grupo aglutinado sin razón alguna, eran un pecado, eran una ofensa ante la orden divina de las tropas invasoras. Una excusa para saciar su sed de guerra.

Alcanzados dos kilómetros más, Youssef aspiró ligeramente el alivio. Ya estaba en Taniya. No recordaba si había tomado agua, pero sintió algo fresco en su paladar que lo había reanimado de alguna manera.

—Hay que escondernos, los perros de Occidente nos vigilan desde todas partes.

—Mudjani, reparte los telescopios portátiles. Necesitamos estar seguros de que no haya ningún informante ni alguien que nos vea por acá.

Youssef disipó el agobio de manera inusual. Ahora las ganas y la audacia de un reportero se reencarnaban en su cuerpo. ¿Era el agua? ¿El momento? ¿Las ganas? ¿El fin del recorrido? ¿O la meta tan cercana que se manifestaba en sus pensamientos? Tal vez el peso de todo lo que lo rodeaba. Las voces se encarnizaban, se cubrían en formas, se hacían humanas, tenían cuerpo y seguían filtrando su atmósfera; ahora se multiplicaban, se hacían números: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, ¡siete! Ese era el número de todos ellos ¿de sus socios?, ¿de la gente que tenía que espiar para realizar su reportaje? No importaba, ahora estaban ahí. Bajo la tensión del lugar, en Taniya.

—...Pero te digo que no sé. Se suponía que tenían que estar acá para esta hora, pero aún no llegan.

—¡Por Alá! Nos van a matar esos perros si seguimos esperando así.

—Pero no veo qué situación los puede alertar.

—¡Toda! Toda situación... Esos perros asesinan a todo sospechoso, a todo que se reúna sin su consentimiento.

—Cálmense. Los muchachos están viendo con los telescopios si estamos rodeados o nos están siguiendo.

—Youssef, ayúdanos a traer agua.

Asintió, sabía que estaba cerca, ahora solo necesitaba tomar algunas fotos de los demás, de las municiones, del lugar. Lo había hecho —tal vez— por el camino que lo llevó hacia acá, pero no estaba seguro. Tendría que sacar su cámara en frente de todos esos rostros culpables y tendría que enseñarles a la verdadera persona con la que estaban tratando.

—Binoculares, tómalos y ve si alguien nos espía. Jamás podemos estar seguros.

¡Eso era! Con eso podía engañar a los demás, hacer pasar su cámara como un largavista.

—¡Oigan! Será mejor que nos paremos en este edificio. Aquí tal vez no nos vean.

Youssef ahora realizaría su cometido, agazapado en un binocular, ninguno de sus supuestos socios se daría cuenta de la realidad. Comenzaba a fotografiar, a espaldas de ellos, para que no identifiquen lo que tenía, los edificios, los aires, las caras, sus cuerpos, todo... todo debía ser fotografiado. Ni un mínimo rastro. En lo que estaba a su alrededor, frente a él, atrás, debajo. Todo debía ser fotografiado por su cámara. Ningún sonido que lo delate. Arriba, muy arriba, en los cielos pomposos y

desechados, por la gloria de aquel Alá que sacrificaba a su país aceptando a los extranjeros, Youssef creyó ver algo que le incomodaba. Era tenebroso, desconcertante y a la vez interesante. Era raro visualizar una cosa de esa envergadura. Tal vez la figura de un ángel, o de una tormenta que estaba a punto de asomarse. Siguió y alternó el binocular con la cámara para que no sospechen. Esta vez, esa duda en los cielos, esa sorpresa aterradora estaba cada vez más nítida. Podía entender qué era, qué hacía allí, pero tenía que seguir con sus pretensiones, con su labor como un gran reportero de guerra agazapado en la tragedia del Medio Oriente. Ahí seguía, en los cielos. De repente se hacía una verdad insoportable, algo que había comprendido y que ya no entendía qué era. Algo de lo que le habían prevenido como mil veces.

Su rostro dirigido hacia los cielos, con esa cámara culpable de sus acciones, se congeló en un instante. Luego, azotó la gran duda venida desde lo más alto. Un baño de esa aterradora duda cubrió al grupo de iraquíes.

III

—¡Fuego!

—Base, a los cuerpos de ataque. Pelen el área, no dejen vivo a nadie.

—Ja, ja... Ahora sálvense si pueden, hijos de la san puta.

—¡Fuego!

—¡Sí! ¡Sí! Ja, ja, ja.

—No te aloques, pajero. Esto no es tu Play Station, ni menos una paja que te das al día.

—¡No! Esto es la vida, teniente. La vida en vivo y en directo. Más excitante que una paja encima ¡Yija!

—Límpialos a todos, so huevón, y déjate de tanta emoción.

—Aquí Base. Coyote, Balacero, ¿terreno limpio?

—Base, aquí Coyote. Afirmativo desde nuestra posición. Cambio...

—Base, aquí Balacero. Les pondremos al tanto de lo que veamos, el tiroteo ha levantado polvo en el terreno por el momento. Cambio...

—Entendido.

—Roger, mira bien si acabaste con todos esos desgraciados.

—Que se largue el polvo y veré cuánta gente ha caído, teniente.

—Bien, bien. ¿Te excitaste, pajero?

—¡Uy!, esto merece ser gozado a mi modo. En verdad, teniente, sentí la verga erecta y mojada, pero siento que aún me falta penetrar.

—Ja, ja, ja. Nunca lo has hecho desde que estás acá.

—Espere, ¡uy, no! Hoy es mi día, teniente. Sí que lo es. Ahí veo un pedazo de árabe reptando por el lugar para salvarse. ¡Sí! Ven acá con papá, queridito, vas a conocer a tu violador y le dirás a Dios que yo fui el que te la metió y te hizo soñar con angelitos.

—¿Siguen vivos esos perros?

—Sí, no le digo, teniente. Un perro iraquí arrastrándose como una puta para no ser violado.

—Elimínalo, hombre. No tiene que haber ningún sobreviviente.

—Aquí Coyote. Todo limpio desde nuestra posición. Cambio...

—¿Lo tienes, Roger?

—El polvo aún me empaña, teniente.

—Roger, dispara a lo que veas, cualquier cosa que se mueve, que camine, que tenga color. No importa lo que sea. ¡Hazlo!

—Espere teniente. Al parecer una camioneta ha venido hacia ese lugar. Se ha detenido. Está llegando a paso lento, como dudando por el polvo, tal vez. Parece que el chofer no sabe a dónde dirigirse.

—Roger, no importa. Seguro era lo que esperaban todos esos perros.

—Es posible, teniente.

—Y si esos perros tenían armas, estos les iban a dar más de ellas.

—Sí...

—Roger, dispara al primer movimiento sospechoso que veas de esa camioneta.

—Lo haré, teniente.

—Ponlos en la mira.

—Veo como a cuatro o cinco personas en la parte delantera de la camioneta, aparte del chofer. Tienen algo grande, de color negro. Es idéntico a lo que tenían esos perros baleados.

—Entonces acabemos con las sospechas y matesmos toda duda.

—¿Sugiere que dispare, teniente?

—Sin misericordia. Todos esos revoltosos iraquíes deben desaparecer.

—Muy bien, teniente, otra vez en acción. Otro polvo más.

—Qué pena que solo con esto te excites.

—Teniente, le digo, compare esto con una mujer. Un arma no habla, no se queja, no llora. Las mujeres hacen todo eso y joden. El arma solo escupe, penetra, viola y sentencia. Se deja manejar por la mano, uno la mueve a su manera y ¡italán!, hace lo que uno le pide que haga. La mujer quiere pala-

britas, cariñitos, cosquillitas y toda esa huevadita para ganártela. El arma no, solo necesitas agarrarla, sentar el ojo en el blanco, apuntar con ella y ¡ilisto!, penetras en el acto.

—El arma sería tu pene en todo caso, ¿no crees?

—Sí, pero yo le llamo mi mujer.

—Hay que mostrarte una vagina, hijo. ¡Urgente!

—Bueno, teniente, qué mejor que la que veo, o, mejor dicho, las que veo. Toda esa sarta de iraquíes que van a morir.

—¿Qué hacen?

—Espere... Creo que pretenden bajar de la camioneta, teniente.

—Revísalos bien. Si es verdad que llevan armas, o que en todo caso sean AK-47, dispara en seguida. Cualquier intento sospechoso debe ser eliminado.

—Los tengo fijo en la mira, teniente. Como para dar el primer tiro y mandarlos a dormir de inmediato.

—Revisa bien todo el área.

—Ahí está. Alguien baja del asiento del copiloto. Es de baja estatura. Está caminando lento.

—¿A dónde se dirige?

—Solo está bajando, teniente. ¡Espere! Ahí saca esa cosa que le dije. Es larga, negra y, sin duda, teniente... parece que es una AK-47.

—Derríbalo de inmediato, Roger.

—¡Ajá! Ven con papi, una violación más al estilo guerrita.

—¡Fuego!

IV

—¡Sí!

—Dale con todo, Roger. Túmbate a toda esa camioneta. Demuélela.

—¡Yija! ¡Sí! Es el orgasmo de la guerra. Me estoy viniendo, teniente, me estoy viniendo.

—¡Limpia el terreno!

—Eso hago.

—Aquí Base. Elementos, ¿terreno limpio?

—Aquí Coyote. Estamos registrando otras áreas de la zona, Base. Cambio...

—Base, aquí Balacero. Estamos limpiando los residuos que había. Al parecer había llegado una camioneta cómplice de los sospechosos. Cambio...

—Teniente, esa cucaracha que se estaba arrastrando sigue con vida, quiere escapar.

—¿Hablas del iraquí anterior?

—Sí, teniente. Es más. Sigue teniendo esa cosa en la mano, es una RPG, no cabe duda.

—Cualquier sospecha, la mínima, Roger, tiene que ser apagada. Órdenes superiores.

—Bueno, como diga, teniente. Orden o no, yo quiero excitarme. Mejor que sea bajo sospecha, a que no haya nada.

—Tritura a esa rata que queda.

—¡Ajá! Ahí te va. Nos vemos.

La furia del cielo había descendido con todo el horror del mundo. ¿Acaso eran las tempestades bíblicas que narraba la tradición religiosa de Occidente? Aquellas que descendían desde lo más alto del cielo en forma de plagas y castigaban a todo pecador, rebelde divino. Solo una cosa parecía ser cierta: éste no era un Dios común, era uno de acero.

Esa bienaventurada voluntad se alzaba en el aire pesado que azotaba a los herejes iraquíes. Ya no era antropomorfa y celestial, sino mecánica: tenía una forma de ave grande color verde. Con antenas giratorias en forma horizontal, una gran cola y una cabeza en forma de falo que se pronunciaba. Se escondía tras las nubes, pero ya había descargado su furia frente a los pecadores de la zona.

He muerto, pensó Youssef, pero su conciencia aún estaba intacta. ¿Qué era eso que había venido? ¿Acaso lo que siempre había visto en su trayectoria como reportero de guerra? ¿La muerte? ¿Las armas? ¿Las balas? Todo eso que se transformó a su alrededor pasó a ser escombros. ¿Qué más podría pasar? Aunque en ese lugar yacía la muerte, aún quedaba mucha vida en su conciencia. La familia esperando. Los niños sonriendo al verlo, retozando con su presencia. Pero solo para terminar una vez más.

Recordaba las mañanas en las que salía de casa, presuroso por el tiempo y las tareas que debía realizar después. Su esposa se lo había dicho algún día: Ten cuidado, ten mucho cuidado. Eran los gajes del oficio, pensaba. Pero siempre, cada vez que despertaba y justo antes de dormir, se preguntaba: ¿mañana regresaré con vida a casa? Ciertamente eso le generaba desesperación, a tal magnitud que era imposible no soltar una lágrima por el cúmulo de pensamientos que se posaban en la idea de su familia. ¿Pero qué más podía hacer? ¿Qué otra cosa podía hacer bien? ¿Cómo podía ganarse la vida de otra manera? No lo sabía, porque nunca lo había intentado. Ahora había llegado el día, el momento que tanto había temido por él y por su esposa; su destino había sido sentenciado.

Moviendo lo que podía de su cuerpo, comenzó a buscar o a escapar del lugar. Su cámara era lo único que no se había desprendido de él, ese tirante que tenía en el cuello no se lo permitió. Buscaba al resto de sus socios, si es que aún estaban a salvo, buscaba escapar de ese lugar inmediatamente.

Pensó en las fotos que había tomado, algunas, para llevar un suspiro a esos seres que ávidamente lo esperaban en casa. Mientras movía lo que podía de su cuerpo en busca de los demás, sintió toparse con algo. Era uno de los socios que lo acompañaban. Pudo ver su rostro, sus ojos volados, ensangrentados, sus labios empolvados y la carne de su mejilla reventada. ¡Qué acontecimiento! Ahora la guerra se manifestaba en sus ojos. La imagen lo exacerbó tanto que se movió raudamente hacia otra dirección. Aún se encontraba en medio del infierno cuando vio acercándose a lo lejos lo que sus socios habían esperado todo el día, la camioneta. Estaba llegando al lugar, si tan solo pudieran haber esperado un poco más de tiempo, resistiendo la amenaza mecanizada de los cielos, hubieran visto este momento, pensó. La camioneta se detuvo, como dudando, frente a él, a tan solo unos metros de su arrasado cuerpo. Pudo hacer un esfuerzo para fijar el ojo en lo que había adentro. Tal vez provisiones, comida, agua, ropa, pero también, como se lo habían anticipado, sintió ver a tres niños y una mujer en el asiento del copiloto, las familias. El chofer era un joven, un adolescente quizás. ¡Personas! ¿Estarían seguras en este lugar? Ellos parecían verlo, ceñían sus miradas, después de buscar algo que nadie comprendía qué era. Ahí yacía su cuerpo, sentía ser acorralado por los cielos, tenía que decírselos. No estaban seguros ahí, imorirán! Lo veían desconcertados, curiosos. Movían los labios, sus bocas, qué querían decir, qué querían advertirle, por qué sus rostros, por qué así, qué hacían. Youssef los miraba, sabía que cualquier cosa podría pasar, pero esas imágenes que veía en el momento se confundían con las de su conciencia, su ciudad, su esposa y sus hijos le pedían que viniera. Ya es hora de sonreír, Youssef. Vamos a jugar, papá.

La tranquilidad se perdía en él. ¿Dónde estaba? Su cámara o qué cosa se extendía por su mano, quería hacer algo, ¿qué era?, ¿qué intentaba? ¡Escapar!

Era la única lógica del momento, pero más que eso, quería ayudar a esa gente, quería decirles que sus vidas pendían del cielo, de la cólera de unos seres que no podían ser vistos y que despreciaban a todo iraquí por el simple hecho de haber nacido. Ahora, ya no importaba lo que él hiciera, eran ellos los que intentaban ayudar. La persona que estaba al lado de la puerta pasajera salió. Descendiendo de forma trépida, se quedó un momento parado ahí, tratando de sacar algo, de hablar con quienes estaban en la camioneta, serenarlos quizás, pero de inmediato, sacó eso que ya había visto, los largos objetos en forma de armas: los telescopios. Youssef, aún así, intentaba decir algo con su cámara, sabía que de todas maneras no iba a salvarse de esa situación, y ellos tampoco lo harían.

De la rastrera posición en la que se encontraba, intentó alzar el rostro con ese sol que se engrandecía, los miró fijamente, con esa mirada destrozada y con el talante decaído, movió el brazo con el que había cogido su cámara y sin ninguna digresión atinó a decir:



Cuidado, sálvense. De pronto la persona que había sacado el telescopio avanzó hacia él para ayudarlo, los niños se mantuvieron en el auto, indefinidos, sus rostros se estaban convirtiendo al ver el lugar. Ya no era sencillez ni inocencia lo que se contemplaba en ellos, era pavor y lágrimas, llanto, desesperación. ¡Corran! ¡Corran! Están arriba, arriba, los van a matar. No lo entendían. Pero teníamos que venir y salir inmediatamente de acá, teníamos que encontrarnos con nuestros padres, hemos traído todo lo necesario, ¿quiénes los atacaron? Los de arriba ¿Arriba? Youssef terminó callando solo para pensar en esa gente inocente, en esas mujeres y esos niños que pronto conocerían la situación que les aguardaba. Se acordó por última vez de su familia. ¿Ya no los vería? ¿A dónde irían? La desesperanza colmó el momento. Miró por última vez el cielo antes de mirar el rostro de quien estaba frente a él, allá ya no existía un dios, solo dos aves gigantes vestidas de metal y dando vueltas sin poder ser vistos. Sus ojos se abrieron por última vez, destellaron. El ave gigante cobraría los pecados de esas personas.

V

Tenemos la última información del momento. Al parecer las tropas de Occidente han repelido un ataque insurgente de las afueras de la ciudad de Bagdad. Esta operación ha costado la vida de doce personas. Nos informan que este grupo poseía armamento bélico sumamente peligroso para comercializar. Las tropas disiparon a este grupo de manera eficiente, según nos cuenta el teniente de la zona 13.

SILENCIO

Gianfranco Hereña

Mi padre tiene una amante, lo sabemos desde hace mucho. Es raro que este sea un secreto a voces dentro de mi casa. Conocemos el nombre de la mujer, su procedencia y hasta la marca de ropa interior que suele usar cada vez que se revuelcan en un hotel de la calle siete. Mamá y yo nos hemos resignado. Ambos hemos decidido firmar el que yace con letras imaginarias que papá tiene derecho a hablar con la susodicha por teléfono, mas no el privilegio de traerla a nuestro departamento. También figura que se debe permitir la delicadeza de cerrar las puertas cada vez que conversen, más que nada porque me aturde y muy en el fondo se enciende un amago de furia. Sí, este escenario hubiese sido imposible tiempo atrás. Considero que todo se debe a aquello de que el ser humano es un ser de costumbres. Hoy todos sabemos lo que nos conviene. Incluso, he llegado a comprender que a papá le haya provocado vivir sus últimos días con una mujer más joven que mamá. Ella con el tiempo ha resignado las chances por retomar su cariño.

La hemos visto por fotos, en su billetera. A veces también en lencería, cuando papá deja su correo abierto y me provoca echarme a leer sus conversaciones. Por el rostro, diría que es todavía menor de edad. Bien podría ser la hermana que nunca tuve. Una hermana que escribe con faltas ortográficas, ambiciosa, lo suficiente como para caer rendida ante la mentirosa tarjeta de presentación de papá.

Algo debo de admirarle a ese hombre y es que es experto en crear mundos paralelos. Su rostro en el DNI, también falso, no es el mismo que he conocido en estos veinticinco años. Es la primera vez que veo a papá sonreír en una foto. Quizás sabía que el cometido final de esa felicidad artificial era la palabra que figura dos líneas más abajo: soltero. Con ello a mamá y a mí nos quedó claro que nos había borrado de su vida. Hemos hecho lo mismo. Ahora papá solo existe de noche, cuando viene a cenar. Apenas entablamos diálogos protocolares y mantenemos la diplomacia. Nadie menciona nada. Casi todo es silencio.